



ESCRITO POR **AMAIA NAVALÓN DOMÍNGUEZ**

## QUÉ RAZONES HAY PARA SER BUENO

Era un jueves como otro cualquiera, como ya era de esperar la profesora de lengua castellana nos mandó hacer un relato, esta vez sobre el voluntariado...

En mi cabeza siempre se formulaba la misma pregunta: “¿qué razones hay para ser bueno?”

Yo tan solo era un niño de 12 años pero no hacía falta ser mucho mayor que yo para ver la situación en mi casa. Mi madre apenas trabajaba y mi padre trabajaba como campesino, mis 4 abuelos también vivían con nosotros, en una casa que apenas se sostenía en pie. Mis padres siempre me decían que no pasaba nada y que íbamos a salir adelante, pero todos sabíamos que no era cierto.

Como a nosotros nadie nos ayudaba pensé: ¿Por qué tengo que ayudar yo a los demás? ¿Por qué en el colegio nos hablan de dar cosas a los necesitados y a mi familia nadie le da nada? Yo no lo entendía. Tenía que hacer un relato sobre el voluntariado y sobre dar cosas a los demás pero yo no sabía lo que era eso. Tan solo tenía 5 días para formular este relato tan complicado para mí. Esos 5 días falté a clase para poder coger ideas, lo primero que se me ocurrió fue hablar con mi abuelo Pete, ya que él era muy sabio.

-Abuelo en el colegio nos han mandado hacer un relato sobre el voluntariado y que hay que dar cosas a la gente que más le hace falta. Pero a nosotros nos hacen falta muchas cosas y nadie nos las da.

-Ya, mira te voy a contar una pequeña historia...Cuando yo era pequeño como tú ya sabrás que mis padres me dieron en adopción ya que no podían mantenerme...

-¿Abuelo estás diciendo que lo mejor es que mis padres me den en adopción?

-Claro que no chico, no me interrumpas y verás. Así que me llevaron a un orfanato. Allí estuve hasta que cumplí los 7 años, dos meses más tarde de haber cumplido 7 años vino un matrimonio muy bueno que quiso que yo fuese su hijo.

-¿Así que tienes 2 padres y 2 madres? Pregunté yo.



-Por decirlo de alguna manera, sí. En ese mismo instante supe que iba a cambiar la vida, pasé de no tener nada a tener de todo. En ese momento supe que tenía que ayudar a la gente que no había tenido tanta suerte como yo. Mis padres estuvieron totalmente de acuerdo conmigo. Así que todas las noches íbamos a los orfanatos a leerle cuentos a los niños, por las calles dando comida y mantas a los sin techo. Hasta hubo un año que acogimos a varias personas en nuestro hogar.

-¿Y qué os dieron a cambio?

-Nada.

-Entonces ¿por qué lo hicisteis sin esperar nada a cambio?

-Hijo, lo bueno es dar aunque luego no recibas nada a cambio, bueno la verdad es que sí que recibí algo.

-¿El qué? Dinero, comida, ropa...

-No, chico, no, recibí muchísima felicidad por haber ayudado a los demás.

En ese mismo instante le di gracias a mi abuelo y subí corriendo a mi cuarto para empezar a escribir mi relato, ahí fue cuando verdaderamente me sentí agradecido por las pocas cosas que tenía, porque me di cuenta de que no necesitaba mucho más.